



*Inauguració
del curs acadèmic 1997-98*

Parlaments

*Javier Solana Madariaga
Joan Guitart i Agell
Antoni Giró i Roca
Joan Clos i Matheu
Enric Argullol i Murgadas
Joan Reventós i Carner*

Barcelona, 6 d'octubre de 1997

"FIN DE SIGLO: LAS OPORTUNIDADES Y LOS RIESGOS"

PARLAMENT DEL SECRETARI GENERAL
DE L'OTAN, EXCM. SR. JAVIER SOLANA
MADARIAGA

Ante todo quisiera agradecer la oportunidad que me brindan el rector, mi amigo el profesor Enric Argullol, y el Claustro de dirigirme a ustedes, al inicio del curso académico, para compartir algunas ideas y experiencias en esta joven Universidad.

En estos momentos no puedo dejar de evocar mis recuerdos y mi paso durante años por las aulas universitarias, como estudiante, investigador e impartiendo clases, después, aunque sobre materias bien distintas del tema que hoy quiero evocarles.

Me es especialmente grato hablarles de las oportunidades y de los riesgos que afrontamos en este fin de siglo, en particular al inicio de un curso académico que, estoy seguro, no será igual que los demás.

Durante el curso que hoy inauguramos se producirán acontecimientos de magnitud extraordinaria para el futuro de todos, de España y de Europa. La entrada en vigor de la moneda única y el inicio del proceso de la ampliación de las instituciones europeas y aliadas son, sin duda, los más destacados.

Pero vayamos poco a poco y por partes. La Universidad Pompeu Fabra nació en 1990, cuando yo era ministro de Educación. Me acuerdo muy bien de ello y de cuando tu y yo, rector, hablamos por primera vez del proyecto. Nació con una vocación, que ha sabido preservar, de servicio público a la sociedad catalana, sin renunciar nunca a una gran calidad de la enseñanza que, podría decir, se ha convertido en su principal emblema.

En sus breves siete años de historia, esta universidad, en pleno proceso de expansión, tiene ya en su haber una de las mayores tasas de empleo de sus recién licenciados. Qué mejor prueba de que desde aquí ustedes saben conectar con la sociedad y ofrecer lo que reclama y necesita.

La vocación urbana de esta institución es también digna de mención. En contraposición con los campus aislados de las ciudades, ustedes han apostado por un centro académico en pleno corazón de Barcelona, que ocupa desde las Ramblas hasta el parque de la Ciutadella. Incluso su ubicación les ayuda a salir del marco tradicionalmente cerrado para conectar más directamente con la realidad, con la cotidianidad.

El título de mi intervención me ofrece la oportunidad de reflexionar, brevemente, sobre lo que ha significado para nuestro país el siglo que está a punto de finalizar. Pero, sobre todo, me permite abordar, en un ambiente de mayor optimismo, cómo nos trazamos unos objetivos concretos y más alcanzables, en un mundo en vertiginoso proceso de cambio.

Me permitirán, no obstante, que, en primer lugar, comparta con ustedes algunas reflexiones que me aproximen más, siquiera sea coyunturalmente, a mi específica condición española.

Bien podemos decir que si para muchos éste ha sido un siglo corto, para nosotros ha sido cortísimo –o larguísimo, según se mire– ya que en ciertos aspectos significativos hemos tenido que transitar, en apenas dos décadas, del siglo pasado al siglo próximo.

Algunos de los que están aquí probablemente no han vivido más que estas dos décadas, pero no deben olvidar que son, ni más ni menos, el período más largo de paz y prosperidad que ha tenido España en todo el siglo. Los que se hallan en los primeros cursos académicos, pertenecen a la primera generación de españoles que no conoce más que el sistema democrático.

Precisamente, ahora que acaban de cumplirse veinte años de las primeras elecciones que nos devolvieron la democracia, gracias al esfuerzo de toda una generación, nos encontramos en un país totalmente distinto. Nuestro país se ha incorporado a tiempo a la revolución tecnológica; ocupa el cuarto lugar del mundo en tasa de escolarización; ofrece a todos sus jóvenes una educación secundaria, y a más de la tercera parte una enseñanza universitaria, en la que más de la mitad del alumnado son mujeres; figura entre los cinco primeros en esperanza de vida; ha encauzado, aún con dificultades, la cuestión territorial; se sitúa entre los que más han reducido la desigualdad social y territorial en las dos últimas décadas. Un país que prácticamente ha resuelto la forma de estado, ha dejado atrás el problema religioso y ha consagrado definitivamente el poder civil.

No miramos ya hacia el pasado o hacia dentro de nosotros mismos, sino hacia fuera y hacia un futuro que estamos también nosotros construyendo. La España actual mira al bienestar y a la cohesión, al euro y a la Unión Europea, al cambio tecnológico y a la modernidad, a la seguridad compartida y a la calidad de la democracia.

Pero, habitualmente, los países más avanzados, estables y creativos han ofrecido a cada una de sus generaciones la oportunidad de llegar más lejos que la precedente, de fijarse a sí misma nuevos retos, de llevar algo más allá una nueva frontera. La combinación de un rumbo fructífero y continuado con el surgimiento de nuevas ideas y proyectos y la acumulación de energías en torno a los mismos han sido la base más segura de un progreso sostenido.

Históricamente, sin embargo, la sociedad española no ha ofrecido esa posibilidad a sus gentes, y lo habitual ha sido, por el contrario, la discontinuidad. Muy frecuentemente, una generación ha deshecho o desdicho lo realizado por la anterior, y muchas veces la nueva frontera no ha podido sino volver a retomar un rumbo previamente frustrado.

Casi me atrevería a decir que ustedes, los estudiantes de esta universidad, son la primera generación que puede construir sobre lo que se ha preservado de la anterior. Esta circunstancia, que ahora es un privilegio, no lo debería ser nunca jamás.

Permítanme que regrese al nexo inicial de mi intervención. Nos hemos adentrado ya en un mundo nuevo. Un mundo distinto, cuya característica esencial es que se trata de un mundo único, global. Un mundo del que todos formamos parte, pero que no a todos pertenece por igual. Un mundo con crecientes posibilidades, si bien no están repartidas con justicia y equidad. Un mundo que será inseguro si no somos capaces de comprender correctamente el significado profundo de la seguridad y trabajamos adecuadamente para implantarla.

En esta última parte del siglo XX hemos cambiado el mundo –de la mano de las transformaciones tecnológicas, del crecimiento de la población, de la globalización de la economía y de la información, y de las consecuencias de la caída del muro de Berlín.

Hoy vivimos en un mundo globalizado, en el que no sólo han caído los muros físicos, sino también los económicos, los mediáticos y los culturales.

Desde hace varias décadas hay en marcha al menos tres grandes revoluciones culturales: la igualdad de los derechos asumida por la mujer, la emergencia de una conciencia ecológica planetaria y el reforzamiento de las identidades culturales e históricas, nacionales, regionales y locales.

La conciencia que la mujer ha asumido de su igualdad de derechos en todos los ámbitos ha socavado las fundaciones milenarias de la sociedad patriarcal. Esta transformación cultural, apoyada en la entrada masiva de las mujeres al trabajo remunerado, tiene enormes repercusiones en el mercado laboral, en la familia, en la sexualidad, en la personalidad y en la política. Es una gran transformación positiva, pero requiere la adaptación del conjunto de nuestra sociedad.

La emergencia de una conciencia ecológica planetaria cambia la relación entre la sociedad y la naturaleza y afecta cada ámbito de nuestro modo de vida.

Por su parte, el reforzamiento de las identidades culturales en ámbitos distintos agranda positivamente el pluralismo. No en vano, identidades rechazadas y excluidas son fuentes de fundamentalismo.

Otra gran dimensión de la globalización es la mediática, la revolución de las tecnologías de la información. Desde la década de los setenta, las transformaciones se han desarrollado sin cesar: primero cambió la tecnología militar, después las telecomunicaciones y el transporte, posteriormente el sistema financiero, más tarde la industria, los servicios, hasta llegar a los medios de comunicación, el ocio, el trabajo, la educación y la vida cotidiana.

Internet es ya un instrumento de comunicación global. Se trata de un ejemplo de un fenómeno que, aunque de momento incluye sólo a una élite de ochenta millones de usuarios, crece de forma exponencial.

Otros ejemplos nos ayudarán a comprender el proceso en que estamos inmersos.

La población mundial se incrementa cada año en una cifra equivalente al total de habitantes de México y cada diez años nace, por así decirlo, una nueva China, unos mil millones de personas.

Todos somos conscientes de que la distribución de la población y los recursos no siguen caminos paralelos. Tendremos que hacer frente a problemas de sobrepoblación y a movimientos migratorios masivos como no se han visto desde hace siglos.

Cinco países cuentan hoy con la mitad de la población mundial: China, la India, el Brasil, Indonesia y Rusia. Su participación en el comercio mundial no alcanza el ocho por ciento. Una situación ciertamente insostenible en un plazo relativamente breve.

La transmisión instantánea de la información permite que cada día se cambien en el mercado financiero mundial más de 1,2 billones de dólares, es decir, el producto interior bruto de Francia. Esta cifra representa el 85% de las reservas de divisas mundiales y es seis mil veces mayor que a principios de los años ochenta. Las transacciones de capital constituyen el 97% del valor de todo el comercio mundial.

Las multinacionales de la producción se han convertido en pieza esencial de esta globalización, de tal forma que el comercio entre las empresas filiales y la casa madre es un tercio de todo el comercio mundial.

La reducción de los costes de transporte de mercancías e información ha sido también espectacular. Por ejemplo, tres minutos de conversación entre Nueva York y Londres costaban, en 1930, trescientos dólares, en dólares de 1990. Hoy, cuestan menos de tres.

La situación en que vivimos produce ciertas angustias, inevitables por su impacto sobre el empleo. No me extenderé en ello, pues sería objeto por sí solo de una conferencia entera. A mi, que me queda todavía mucho de profesor universitario, se me hace imprescindible subrayar la creciente importancia de hacer un esfuerzo masivo en educación, investigación y desarrollo tecnológico. Sólo así podremos tratar de dominar el futuro.

Es este nuevo mundo cargado de posibilidades y de perplejidades el que tenemos que hacer más seguro. Pero con un concepto de seguridad más amplio e integrador a la vez. La seguridad ya no puede ser sólo defensiva o militar. Tiene que abarcar otros campos. La seguridad es un todo que incluye la economía, el comercio internacional, la ecología, el derecho de las minorías.

La seguridad debe ser básicamente humana. La defensa de los derechos del hombre debe estar en el centro de nuestras preocupaciones. En los últimos tiempos hemos visto cómo se han multiplicado las actuaciones con carácter humanitario, más allá de los intereses individuales de cada país.

Un buen plantel de instituciones está a nuestra disposición para garantizar este nuevo concepto de seguridad. Muchas de ellas surgen de las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. Han sido útiles hasta ahora, pero para que lo sigan siendo tienen que adaptarse a una nueva realidad. Si no lo hacen, perderán trascendencia e incluso su propia razón de ser.

Como europeos, dos de entre ellas tienen que preocuparnos de manera fundamental: la Unión Europea y la Alianza Atlántica. Me centraré en ellas porque han determinado los últimos cincuenta años de la historia de nuestro continente, nuestra historia común, y porque son esenciales para comprender la Europa de fin de siglo.

La Guerra Fría suponía un orden. Su fin no ha traído aún un nuevo orden mundial, pero tampoco un nuevo desorden. Estamos ante una Europa más segura pero menos estable, por muy paradójico que este enunciado pueda parecerles.

Merece la pena recordar que desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el final de la década de los ochenta no hubo que contabilizar en Europa ninguna víctima de guerra. En lo que llevamos de década, sólo debido al desmembramiento de la Unión Soviética y de la ex-Yugoslavia se han producido decenas de millares de muertos. Chechenia y Bosnia son nombres que deben quedar grabados en nuestra memoria.

Sólo con unas instituciones fuertes seremos capaces de hacer frente a las inestabilidades y a los desafíos a los que nos confronta diariamente el todavía desconocido nuevo orden mundial. Una razón más que nos obliga a tener que desarrollar y ampliar nuestro propio concepto de seguridad.

Dos grandes acontecimientos, de suma importancia, marcarán el horizonte del año 2000. En el ámbito de la Unión Europea, la introducción de la moneda única y la ampliación hacia el centro y el este de Europa. En el ámbito de la Alianza Atlántica, estamos inmersos en una profunda transformación con un objetivo: fraguar una nueva Alianza para una nueva Europa.

No me voy a detener en exceso sobre la moneda única, ya que todos somos conscientes de las enormes implicaciones de su entrada en vigor. Pero hay varios elementos que no puedo dejar de comentar. Es preciso ver este proyecto no sólo como un hito, un enorme hito económico, sino también, como un hito político. El nacimiento de la Unión Económica y Monetaria puede poner en marcha un proceso de integración política que supere el marco alcanzado hasta ahora en la Unión Europea.

Con este proyecto, Europa va a vivir horas importantes, las más decisivas de las últimas décadas. La moneda única incidirá notablemente en el peso exterior de la Unión, al sumar una dimensión monetaria y financiera a la ya primordial dimensión comercial que tiene.

Más allá de otros avances en materia de política exterior común, una moneda única permitirá a Europa adquirir estatus de potencia económica y política en vez de seguir limitándose a su condición de espacio.

Europa tiene ante sí la posibilidad de dejar de ser escenario para convertirse en actor. No debe desaprovecharla.

La Europa de Schuman y Monet se inició poniendo en común actividades económicas. De ahí surgió la necesidad de avanzar en el ámbito de la política. Maastricht ha sido su límite. La cumbre de Amsterdam, a mi parecer, lo ha puesto de manifiesto. Será necesario un nuevo salto en la puesta en común de políticas económicas –la moneda única– para poder seguir avanzando por el camino de la integración política.

Cataluña ha entendido siempre, quizá más que ninguna otra parte de España, la necesidad de una sólida construcción europea, en la que en todo momento ha participado activa-

mente. Ha sido pionera en la decidida apuesta europeísta en la que ahora participa toda España. A ustedes, las primeras generaciones que se han beneficiado abiertamente de ello, les toca seguir manteniendo a nuestro país como uno de los motores de este proceso.

Les decía que Europa tiene delante de sí otro gran desafío, fundamental para garantizar su estabilidad y por tanto su seguridad: su ampliación. Un reto que comparte con la Alianza Atlántica.

Por razones de toda índole, incluidas las morales, no podemos seguir hablando de Europa cuando de hecho nos estamos refiriendo a media Europa.

Varsovia, Budapest o Praga, por poner tres ejemplos, son tan Europa como Barcelona, París o Amsterdam. Hablar de Europa tiene que significar hablar de Europa entera. Soy consciente de las dificultades, también para España, que este gran proyecto entraña.

Durante estos últimos años he sido testigo de excepción de la pasión de los ciudadanos de los países del este y del centro de Europa por formar parte de las instituciones europeas y euroatlánticas. Más de una vez he vibrado con ellos, con sus políticos, con sus universitarios, con sus jóvenes, recordando lo que para los españoles demócratas de ayer significaba el proyecto europeo.

No podemos defraudarles y para ello tendremos que superar no pocos retos. Ellos y nosotros. Los países que llaman a las puertas de la Unión Europea suman aproximadamente cien millones de habitantes. Su producto interior bruto (PIB) es aproximadamente el de los Países Bajos, que tienen quince millones de habitantes. He aquí, en pocas palabras, la dimensión de la empresa.

Los esfuerzos que deberán realizar los actuales miembros de la UE en este proceso unificador no serán desdeñables. Las implicaciones en el presupuesto comunitario, con serios ajustes en las políticas de protección agraria y de equilibrio territorial, exigirán imaginación y generosidad. Pero, insisto, la empresa exige estar a la altura de las circunstancias.

Tenemos, por primera vez en décadas, la posibilidad de fraguar una Europa unida, estable, segura y sin líneas divisorias.

La misma voluntad de seguir siendo relevante y decisiva para la seguridad y la estabilidad de Europa ha llevado a la otra institución a la que quiero referirme, la Alianza Atlántica, a emprender la más profunda reforma interna y externa de su casi medio siglo de existencia. La cumbre de Madrid de hace tres meses significó un impulso crucial a todas estas reformas.

Salvaguardar la seguridad de sus miembros sigue siendo el objetivo primordial de la Alianza, su razón de ser. Pero no sólo esto. La existencia de la Alianza ha sido clave para evitar la renacionalización de las políticas de defensa en Europa. La mejor garantía de seguridad estriba en que ningún país sucumba a la tentación de renacionalizar su defensa.

A la misión tradicional de defensa mútua hemos añadido la proyección de estabilidad más allá de las fronteras de los países aliados. Esta nueva misión, hoy tan importante como las otras, nos permite participar en la gestión de las crisis en países de fuera de la Alianza.

En ningún lugar como en Bosnia la nueva OTAN es tan palpable.

Desde diciembre de 1995 una coalición para la paz de más de treinta países bajo mando aliado protagoniza un gran ejercicio de pacificación. Se trata, es bueno no olvidarlo, de la primera misión militar que realiza la Alianza, para llevar la paz, contribuir a la reconstrucción y ayudar en la reconciliación de un país devastado.

No exagero al decir que, para mí, Bosnia ha marcado los últimos años que he vivido. En verano de 1995, llegué a Sarajevo como presidente del Consejo de Ministros de la Unión Europea, después de atravesar a tiros la zona contigua al aeropuerto. No podía yo imaginar que, pocos meses después, tendría la responsabilidad de dirigir la operación de pacificación de aquel querido país. Me incorporé a mi despacho de Bruselas, ya como secretario general, el mismo día en que el entonces secretario general de la ONU, Butros Ghali, me traspasó la responsabilidad de la nueva misión. No lo olvidaré nunca. Era el 20 de diciembre de 1995 cuando Naciones Unidas nos pasó el testigo.

En los casi dos años de presencia masiva aliada, no hemos conseguido todos los objetivos. Hemos logrado parar la guerra y separar a los contendientes, a lo largo de una línea de demarcación que de ser recta cubriría la distancia que separa Bruselas de Kiev. Pero la paz no es solamente la ausencia de guerra. Es mucho más. La paz es también la reconstrucción del país y, lo que es más importante, la reconciliación de sus habitantes. Una labor que, desgraciadamente, no puede imponerse, que requiere tiempo. Por ello es imprescindible que la comunidad internacional no abandone Bosnia, no deje el trabajo a medio acabar.

Ahora, nuestra principal tarea es que esa línea separadora se convierta en integradora. No va a ser fácil.

Todavía en la actualidad, dos años después del final de la guerra, las minas antipersonas causan, cada mes, entre cincuenta y ochenta víctimas. He aquí otro ejemplo de la barbarie con la que hay que acabar. Tenemos, asimismo, que asegurar el retorno de los refugiados, contribuir a reestructurar una policía democrática y colaborar en la puesta en marcha de las instituciones de gobierno democráticas, a todos los niveles.

Es por la todavía ingente tarea que debemos realizar en Bosnia por lo que digo que no podemos abandonarla a su suerte. Nuestro compromiso debe mantenerse. Este mensaje lo entenderán muy bien ustedes. Su ciudad y su comunidad autónoma no han escatimado, desde que el conflicto estalló en los Balcanes en 1991, ningún sacrificio en favor de la solidaridad con las víctimas de Bosnia. La generosidad mostrada en todo momento fue, sin duda, un ejemplo y un revulsivo para los políticos.

Una de las primeras y principales lecciones aprendidas de nuestra actuación en Bosnia es que no es posible cumplir nuevas misiones con viejas estructuras. Se requiere una estructura más flexible, más móvil y que ofrezca más posibilidades para involucrar a los países socios en la gestión de crisis.

Por ello es necesario adaptar las estructuras internas de la Alianza, para que pueda afrontar los retos de hoy, no los desafíos de ayer. El objetivo es mejorar su eficacia pero al mismo tiempo introducir cambios que reflejen la dimensión europea en su seno.

Si Europa quiere convertirse en un actor estratégico, debe abordar la cuestión de la defensa. La antigua división de tareas por la que la OTAN se dedicaba a la seguridad de Europa, a través de la presencia norteamericana, y las instituciones europeas se centraban en la integración económica, ya no refleja ni la realidad transatlántica ni la voluntad de los europeos, ni de los Estados Unidos.

Con esta personalidad europea, la nueva OTAN estará más en línea con las realidades políticas, económicas y militares de las próximas décadas.

Otro aspecto al que me querría referir es la ampliación de la Alianza. Los mismos argumentos que he utilizado para la ampliación de la Unión Europea son válidos para justificar la apertura al Este de la Alianza: ampliar la zona de seguridad, borrar las líneas que han dividido Europa durante demasiados años.

Recuerdo un día en Varsovia con el presidente Alexander Kwaznievski, en una inolvidable comida en el mismo salón donde se firmó el Pacto de Varsovia, en que me argumentaba, de manera sencilla, su deseo de participar en la Alianza. Queremos formar parte de ella, me decía, por las mismas razones que sus miembros no la desean abandonar. Tenía razón. La frase era más impactante, si cabe, por ser pronunciada por el presidente de un país que en los últimos trecientos años ha vivido muy pocos con las fronteras estables. Hay que saldar las cuentas que la historia dejó pendientes hace décadas.

La apertura de la OTAN a nuevos miembros está teniendo un efecto positivo. Ante el incentivo que supone integrarse en Occidente, muchos países han emprendido reformas democráticas y han solventado viejas disputas bilaterales con sus vecinos. Hungría, Rumanía, Eslovaquia, Polonia, Ucrania, los Estados Bálticos y varios más han concluido acuerdos para superar enfrentamientos endémicos. En muchos casos, se trata de problemas de minorías, sin resolverse desde la Primera Guerra Mundial, cuna de todas las inestabilidades de este siglo. Un acontecimiento extraordinario para la seguridad y la estabilidad europeas.

Permítanme que me adentre ya en uno de los aspectos de la reforma de la Alianza más importantes y al que más tiempo dediqué a principios de este año: las nuevas relaciones entre la Alianza y Rusia.

La singularidad de Rusia, su peso específico y la urgente necesidad de abrir una nueva avenida para la cooperación y las relaciones bilaterales nos condujeron a una decisión política de la que estoy especialmente orgulloso y satisfecho.

Después de largas y a veces dramáticas sesiones de negociaciones, algunas públicas, otras no, pude concluir en mayo pasado con el ministro de Exteriores ruso, Evgueni Primakov, un importante acuerdo: el Acta Fundacional OTAN-Rusia.

Se trata, a mi entender, de una de las piezas determinantes en el desarrollo de unas relaciones distintas con Rusia, con la que pusimos fin a las consecuencias de Yalta y sellamos definitivamente el fin de la Guerra Fría.

La OTAN y Rusia están destinadas a cooperar. No tuve la menor duda de ello desde que, en el invierno de 1996, viví una experiencia inolvidable en Bosnia, en el corredor de Posavina, cuando participé en una de las patrullas habituales que hacen en una de las zonas más conflictivas y peligrosas del país, codo a codo, soldados y oficiales de la Alianza con soldados y oficiales rusos.

¿Por qué si cooperábamos tan bien con los rusos en Bosnia no íbamos a poder hacerlo en otros ámbitos? Los aliados no cejamos en nuestros esfuerzos hasta lograr una respuesta satisfactoria a mi pregunta retórica. El convencimiento de que los adversarios de ayer son los socios de hoy me inspiró durante la larguísima negociación con Primakov. Nunca, hasta que en mayo firmamos en París el Acta Fundacional, Rusia y la Alianza Atlántica habían acordado un mecanismo de cooperación bilateral como el que

hemos puesto en pie ahora y que está basado en el respeto mutuo y el espíritu de cooperación.

Hace diez días celebramos la primera reunión ministerial del Consejo de Cooperación Permanente OTAN-Rusia, instrumento clave para nuestras nuevas relaciones bilaterales. Tuvo lugar en la sede de la ONU, en Nueva York, y en ella aprobamos un ambicioso programa de trabajo, que, si somos capaces de llevar a cabo, va a dar un vuelco a nuestras relaciones. Varias razones nos obligan a emprender esta vía y no abandonarla.

Tenemos intereses comunes en la estabilidad y la seguridad del continente. Pero también tenemos la responsabilidad compartida de mejorar y hacer más eficaces los mecanismos para responder a las crisis, las inestabilidades, los conflictos étnicos y los imperativos humanitarios. El Consejo Permanente OTAN-Rusia nos permitirá debatir, tomar decisiones e incluso poner en marcha acciones conjuntas.

Sólo hace unos meses muchos observadores, anclados en posturas del pasado, estaban empecinados en hacernos elegir entre la ampliación de la OTAN y unas buenas relaciones con Rusia. Hoy sabemos que podíamos y debíamos hacer ambas cosas. La seguridad en Europa no es un ejercicio de suma cero: lo que algunos ganan en seguridad, otros lo pierden. No es cierto. Hemos demostrado que todos pueden ser ganadores en este ejercicio, en un esquema en el que todos los países puedan sentirse más seguros. He aquí un cambio en la historia de Europa.

Soy perfectamente consciente de que no estamos haciendo más que empezar y que podremos encontrar dificultades en el camino. Pero, sin duda, se puede afirmar que nunca en nuestro continente y sus alrededores se había configurado una estructura de seguridad portadora de tantas esperanzas. Desde esa perspectiva, nos adentramos en el siglo próximo en circunstancias infinitamente mejores de aquellas en las que iniciamos el pasado.

No puedo acercarme al final de mi intervención sin afirmar claramente que nuestras relaciones con los socios de Europa central y del este no deben llevar a nadie a pensar que estamos descuidando otra zona importante para nuestra seguridad: el Mediterráneo.

Es imposible exagerar la importancia de lo que ocurra en el Mediterráneo para el resto de Europa. De ahí el porqué del diálogo y la cooperación que discreta pero decididamente hemos puesto en marcha con los países de la cuenca mediterránea. Europa no puede vivir a sus espaldas. En pocos lugares del continente existe una conciencia sobre la necesidad de abrir puentes de colaboración a través del mar común que nos separa como en Barcelona. Esta ciudad, no es necesario recordarlo, fue sede en 1995 de la Conferencia de Barcelona, de la Unión Europea, la iniciativa más importante que ha tenido lugar hasta ahora para lanzar una corriente de cooperación con los países del Mediterráneo sur, que tuve el privilegio de presidir.

El diálogo mediterráneo de la Alianza es sólo un complemento a otros esfuerzos internacionales, entre los que destacan los liderados por la Unión Europea.

Voy a concluir. En estos nuevos procesos mundiales y europeos que he intentado esbozar a grandes rasgos, España y Cataluña tienen muchas oportunidades, si saben aprovecharlas.

Josep Pla, uno de los escritores catalanes más importantes de este siglo, dijo en 1927 que no se sentía ni europeo ni universal, ya que estas palabras carecían de sentido para él. Estoy seguro de que Pla, que disfrazaba de localismo a un personaje cosmopolita y de los

más cultos de la literatura catalana, hoy, en el umbral del siglo XXI, no repetiría estas palabras.

Si a principios de siglo ser universal o ser europeo era no ser de ningún sitio, como advertía Pla, en estos momentos, en el mundo cambiante en que nos encontramos, el universalismo y el europeísmo son la única apuesta viable.

El diálogo, la cooperación, las relaciones equilibradas, los compromisos compartidos y la comunicación intercultural son los cimientos necesarios para que una Europa distinta, un mundo distinto y único sean también más seguros y justos.

La inseguridad no proviene de la ficticia estabilidad que proporcionaban los bloques. Proviene de la desigualdad, se alimenta de la injusticia, se potencia con la discriminación, prende sus mechas en la irracionalidad étnica, en el racismo y en la xenofobia.

Afrontar esos problemas requiere, asimismo, reforzar nuestras convicciones éticas. Necesitamos, para construir el próximo milenio, unos valores firmes y firmemente arraigados, un compromiso inquebrantable con su defensa, y no sólo una ética de situación, una conciencia del acontecimiento.

Por mi parte, allá donde me encuentre no voy a escatimar esfuerzos para contribuir, en la medida de todas mis posibilidades e influencia, a la consecución de la noble empresa que es una Europa y un mundo en paz y prosperidad.

PARLAMENT DEL PRESIDENT DEL CONSELL
SOCIAL DE LA UNIVERSITAT POMPEU FABRA,
HBLE. SR. JOAN GUITART I AGELL

Vull ser molt breu, i voldria, les meves primeres paraules, adreçar-les a Javier Solana, universitari il·lustre i bon amic; a quien quiero agradecer, en primer lugar, su presencia entre nosotros, y que haya aceptado honrarnos con su lección magistral. Javier Solana, durante sus muchos años de actividad en el gobierno de España, fue persona eficaz, siempre dispuesta al diálogo, y a quien los responsables del gobierno catalán apreciábamos por su inteligencia, su cordialidad y por la capacidad de comprensión de la realidad y de los problemas que nos afectaban. Sirvan mis palabras para transmitirle un mensaje de reconocimiento, y al mismo tiempo para desearle mucho acierto en sus responsabilidades actuales.

La millor inversió que pot fer un país, una societat o una persona és la dedicada a formació. Aquesta afirmació, és compartida avui dia, si més no de paraula, per governants i persones influents de molts països, malgrat que l'esforç econòmic que hi dediquin no sigui el mateix en certs temps que en d'altres. Tanmateix, perquè aquesta afirmació "que la informació és la millor inversió que pot fer un país" sigui certa, cal, a més, que s'hi destinin els recursos econòmics necessaris, i que es tinguin en compte altres factors que deriven de la mateixa societat i que exigeixen una adaptació contínua d'aquesta formació, atenent a les necessitats de cada moment.

Cal, per tant, que la formació sigui la que la societat requereix, i que sigui, alhora, l'adequada a cada moment. Una disfunció en qualsevol de les dues coses, en el sentit més ampli, comporta la ineficàcia del sistema educatiu pel fet que no s'aconsegueix la màxima rendibilitat. Aquest, doncs, serà tant més eficaç com més flexible sigui per adaptar-se a la realitat de cada moment i també als reptes del futur. En el nostre sistema actual, la universitat ocupa un lloc de cabdal importància per a la societat, ja que és la responsable de

la transmissió de la cultura i de la formació dels futurs professionals i investigadors. Per això es fa més necessària la seva capacitat d'adaptació, i que els seus objectius siguin sempre naturals.

En aquests darrers temps s'ha produït un creixement exponencial de l'oferta universitària, i avui, a Catalunya, tenim moltes universitats, fins i tot distribuïdes territorialment, que han contribuït i contribueixen, a millorar el nostre país. Actualment, a Catalunya i a Espanya, l'índex d'estudiants universitaris és equiparable al de qualsevol país europeu. I aquest és un dels motius pel qual els governs de Catalunya i d'Espanya poden sentir-se satisfets. Han sabut complir amb eficàcia un dels preceptes constitucionals: fer assequible l'ensenyament superior a moltes més persones. Però aquesta proliferació universitària exigeix qualitat i professionalització; que les universitats s'impliquin realment en la societat i que en coneguin i n'interpretin les necessitats, i que aquesta reconegui les universitats com una cosa pròpia i les consideri el que realment són i han de ser: un servei públic i un element de progrés per al país. Cal, per tant, que la inversió que s'hi realitzi –que d'altra banda s'ha d'incrementar– sigui l'objectiu compartit per tothom.

La Universitat Pompeu Fabra va respondre des del primer moment a aquest doble objectiu d'adequació i de qualitat; i ha tingut el mèrit de fer-ho i que, alhora, li sigui reconegut. Disposem de dades recents, publicades en diversos mitjans de comunicació, segons les quals la Universitat Pompeu Fabra és una universitat de qualitat reconeguda a Catalunya i arreu d'Espanya. Evidentment, el mèrit d'aquest fet correspon a tot un col·lectiu de persones, professionals docents i no docents, i també a l'esforç del mateix alumnat. Tanmateix, vull personificar l'èxit en dues persones, la contribució de les quals ha estat, en la meua opinió, decisiva per a la Universitat Pompeu Fabra des que era només un projecte: el conseller Laporte, aleshores comissionat per a Universitats del Govern de Catalunya, i l'actual rector, Enric Angullol, que des del primer moment va saber fer coincidir objectius amb realitats.

Ara es fa necessari, al meu entendre, que la Universitat Pompeu Fabra ampliï els seus estudis actuals incorporant-hi les ciències experimentals i les noves tecnologies, ja que sense aquestes no es pot concebre una universitat en el context de l'actual marc universitari català. I no només perquè el nostre temps exigeix un nivell creixent d'aquests elements, sinó perquè el diàleg i la realitat universitària fan necessària la presència d'aquests sectors en el debat i en les propostes de futur de la mateixa institució. El Consell Social, que és l'òrgan que ha d'establir la relació entre la universitat i la societat, és molt conscient d'aquesta necessitat que acabo d'exposar; i també del fet que cal unir esforços perquè aspectes com l'increment dels estudis o qüestions actuals que han arrelat en el nostre temps trobin fórmules de finançament que els facin possibles; i esdevinguin objectius prioritaris de la universitat i de la societat.

Voldria que tant la meua presència en aquest inici de curs entre vostès com el meu discurs servissin, en primer lloc per expressar el meu record i agraïment al meu predecessor, Juan Echevarría; i en segon lloc, per expressar el meu desig de compartir amb tots els estaments implicats en la Universitat Pompeu Fabra el propòsit de treballar per assolir els seus objectius fonamentals; i, finalment, per deixar constància de la necessitat de reflexionar permanentment sobre l'adaptació als nous temps i sobre el creixement d'una universitat, que en molts aspectes s'han mostrat necessaris.

Moltes gràcies.

PARLAMENT DEL DIRECTOR GENERAL
D'UNIVERSITATS DE LA GENERALITAT
DE CATALUNYA,
PROFESSOR ANTONI GIRÓ I ROCA

Avui inaugurem oficialment un nou curs de la Universitat Pompeu Fabra. L'inici d'un curs sempre ens convida a fer una anàlisi, una aturada, a girar la mirada enrere per valorar el que s'ha fet i veure si cal replantejar-se alguna cosa abans de començar a caminar.

Com ja hem comentat en altres inauguracions de curs, en fer aquesta mirada retrospectiva molts de vostès recordaran segurament –el professor Solana també– que a finals dels anys setanta, en algunes d'aquelles assemblees i tancades multitudinàries, algunes d'elles fetes en el mateix Paranimf de la Universitat de Barcelona, els universitaris demanaven una universitat pública, científica, autònoma, democràtica i catalana.

Avui no podem dir que no tinguem una universitat més pública, més científica, més autònoma, més democràtica i més catalana. Però ara que ja hem aconseguit pràcticament cadascuna d'aquelles fites, veiem que no n'hi ha prou. També volem i necessitem una universitat de qualitat al servei de la societat. Universitat i societat. Societat i universitat. Són, aquestes, dues realitats que viuen i caminen juntes, que es comprometen l'una amb l'altra per contribuir a enfortir la nostra identitat; com a expressió de la voluntat de ser; per enriquir els altres valors, els de la convivència, la creativitat, la capacitat d'iniciativa; per projectar-nos al món, amb una voluntat de compartir el progrés amb els altres pobles, conscients que la societat ens demana que contribuïm al seu progrés cultural, social i econòmic a través d'una bona formació dels nostres estudiants.

En aquest sentit, permetin-me que comentï breument el que m'agradaria impulsar des de la meua nova responsabilitat com a director general d'Universitats per aconseguir, a més d'allò que demanàvem fa vint anys, una universitat de qualitat en el sentit més am-

pli. M'estic referint al fet que el nostre repte ha de ser aconseguir una universitat de qualitat en docència, en recerca i en gestió. És evident que, aquesta universitat, com ja comentava abans, en molts d'aquests aspectes ja té una gran qualitat, però tot és millorable.

Qualitat en docència vol dir, entre altres coses, millorar els plans d'estudis, i la inserció laboral dels titulats, cosa que ja s'està fent. Ara bé, el ritme dels canvis tecnològics i socials fa impossible, avui dia, que una persona pugui adquirir la totalitat dels coneixements necessaris per a tota la seva vida laboral durant el seu pas per la universitat. El reciclatge i la formació permanent són una necessitat imperiosa per al titulat d'avui i del futur, i cal que la formació universitària i la mateixa universitat s'adaptin a aquesta nova situació: d'una banda, concentrant, en el primer pas per les aules, els aspectes formatius bàsics, i els aspectes professionals necessaris per donar la primera sortida laboral als titulats, però renunciant a qualsevol temptació d'exclusivitat pel que fa als continguts professionals; i d'altra banda, preparant els estudiants amb una mentalitat oberta cap a la formació permanent, la capacitat per adaptar-se a situacions canviants, l'assumpció de riscos, els canvis de feina i la mobilitat, adaptant-los també per al treball en equip, que a més de tenacitat i capacitat de treball individual exigeix capacitat d'expressió i de comunicació.

Qualitat en docència també vol dir tenir especial cura i atenció dels estudiants, fent un seguiment més personalitzat del seu aprenentatge, sobretot durant el primer curs, i facilitant la transició entre l'ensenyament secundari i la universitat. No podem continuar fent reformes dels plans d'estudis universitaris sense tenir molt presents les reformes dutes a terme en l'ensenyament secundari.

Qualitat en recerca. Tots ens posaríem fàcilment d'acord en el fet que en els darrers deu anys, des de la promulgació de la llei de la ciència, que el professor Solana coneix tant bé, el creixement en aquest àmbit ha estat espectacular en el conjunt de les nostres universitats i centres públics de recerca. La producció científica, indexada i no indexada, ha estat molt gran. El Govern de la Generalitat ha contribuït activament a aquesta millora, també a través dels plans de recerca. Segurament gràcies a aquest suport addicional, els grups de recerca de les universitats catalanes són ara més competitius a l'hora de cercar recursos de la Unió Europea i de l'Estat. Però amb això no n'hi ha prou. Som conscients que encara tenim punts febles. La recerca encara és minsa en alguns departaments i centres. Cal evitar que la pressió sobre l'activitat de recerca vagi en detriment de l'activitat docent. El tant per cent d'inversió en recerca a nivell de l'Estat continua estant molt per sota de la mitjana europea. Malgrat tot això, si hem aconseguit una recerca competitiva a escala internacional és sens dubte gràcies, moltes vegades, a l'esforç addicional dels nostres professors; i això s'ha de rendibilitzar. Caldrà treballar conjuntament, des de l'Administració, la universitat, i les empreses, per cercar noves vies imaginatives, adaptades a la nostra realitat social.

Recentment, des del Govern de la Generalitat s'està impulsant la signatura de convenis amb les diferents universitats catalanes per tal d'anar introduint un nou model de finançament a través dels contractes programa. Els contractes programa assenyalaran explícitament quin ús es vol fer dels recursos, i farà plenament transparent la seva gestió. Quan es tracta de gestió també cal ser imaginatiu i obrir les portes de la universitat signant acords amb altres institucions, públiques i privades, per tal que, per l'interès mutu, es treballi per millorar clarament els serveis que rep la mateixa comunitat universitària o aquells altres que aquesta pot oferir per tal de dinamitzar els sectors productius i la societat en general.

Deia també qualitat del servei a la societat. Fa uns dies, a Lleida, durant l'acte inaugural del curs del sistema universitari català, el rector ens recordava i analitzava les característiques dels diferents models d'universitat, i contraposava la universitat-institució, concebuda com a creadora de saber i transmissora de l'herència cultural, a la universitat-organització, més orientada al desenvolupament econòmic i a la innovació tecnològica. Crec que ara nosaltres, a finals dels anys noranta, hem de continuar impulsant el nostre model d'universitat, buscant les parts positives d'ambdós, tenint en compte la nostra realitat sociocultural, amb la clara voluntat de lligar formació i progrés. Per avançar en aquesta direcció cal que tinguem les portes obertes, i també les finestres; cal que treballem amb esperit més institucional –i no tant corporatiu–, i amb esperit crític i autocrític, que són de fet indisso-ciables: l'un enforteix l'altre, i es legitimen mútuament.

En aquesta línia, i retornant a les meves primeres paraules, crec que si analitzem l'evolució de la qualitat de les nostres universitats durant aquests vint anys, ens adonarem que ha estat molt positiva. Això no vol dir que no tinguem encara reptes molt importants de cara al futur ni que no calgui encara desenvolupar un marc normatiu que permeti, entre altres coses, millorar l'accés dels estudiants a la universitat i el sistema de beques i ajuts; millorar els processos de contractació del professorat; establir un nou model de finançament que inclogui noves figures, com per exemple els contractes-programa; distribuir més equitativa-ment els costos entre els usuaris, pensant no tant a créixer com a consolidar el que tenim i a ser més eficients; reordenar les responsabilitats de les administracions, d'acord amb la distribució actual de les competències, o articular una millor transferència de coneixements i de resultats de la recerca al sector productiu i a la societat en general.

Els convido, doncs, a treballar en aquesta direcció, i penso que tots estem d'acord que la universitat pública que Catalunya necessita per al futur –una universitat que sigui un servei públic per a la societat i que sigui alhora percebuda per la societat com una peça indis-pensable per a la seva estructura– no s'aconseguirà simplement a còpia de decrets si aquests no van acompanyats, com deia fa un moment, d'un diàleg, d'una estreta col·laboració entre tots: administració, òrgans de govern i altres estaments universitaris, profes-sors, estudiants i personal d'administració i serveis, sense oblidar els estaments socials, re-presentants de la nostra societat, que és, en definitiva, la receptora, avaluadora i també finançadora de la nostra activitat.

Deixin-me que els digui que, al meu entendre, el principal problema del sistema univer-sitari públic català en aquests moments no és tant econòmic com de consolidació, plani-ficació i prioritació. El problema no és tant de combustible com de conducció. Ara més que mai, davant d'un nou escenari on apareixen iniciatives privades, és important posar tota l'atenció en la conducció, amb el combustible del vehicle que tenim i amb autoe-xigència per treure'n tot el rendiment. Solament així aconseguirem un sistema universi-tari equilibrat i plenament integrat a la societat, capaç de motivar i d'acceptar aporta-cions diverses de totes les forces econòmiques, socials, polítiques i culturals, dins l'entorn europeu que ens és propi. Un sistema obert, en definitiva. Em plau, en aquest sentit, posar com a exemple la pròxima reunió de rectors universitaris de Catalunya i de Bòsnia i Hercegovina per tal de promoure la col·laboració institucional entre les autori-tats catalanes i les d'aquell país balcànic. Penso que aquesta obertura als problemes que té la resta d'Europa és també una de les activitats que potenciem des de la Generalitat i de les quals estem molt satisfets. Un sistema obert que pugui incorporar també, com deia el secretari general de l'OTAN, nous valors com són la consciència de la internacio-nalització de l'autonomia i la globalització del coneixements; la solidaritat resultant de la presa de consciència sobre els desequilibris existents a escala mundial; el respecte al medi ambient; el desenvolupament sostingut, o l'ètica en l'ús de la ciència i la tecnolo-

gia. Un sistema universitari, doncs, més compromès i que exerceixi sense por el seu paper rellevant en el progrés social, cultural i econòmic del nostre país.

Moltes gràcies.

PARLAMENT DE L'ALCALDE DE BARCELONA, EXCM. SR. JOAN CLOS I MATHEU

L'any passat vam tenir entre nosaltres, en ocasió d'aquest mateix acte, el secretari general de la UNESCO, el nostre amic Federico Mayor Zaragoza. Aquest any comptem amb la presència del secretari general de l'OTAN. És de tothom conegut que hi ha una molt fluïda sintonia entre la Universitat Pompeu Fabra i l'Ajuntament de Barcelona. Sintonia que agraïm profundament, com he manifestat moltes vegades al rector i que ara aprofito per fer-ho en públic. Sintonia que arrenca del fet que la Universitat Pompeu Fabra va prendre la decisió d'instal·lar-se on ho ha fet: al centre de Barcelona. En la part més difícil de la nostra ciutat, recuperant el vell nou concepte de campus urbà. I, evidentment, això és una cosa que la ciutat agraeix profundament. Però aquesta sintonia no es queda només aquí, ja que preveient, el senyor rector, que l'Ajuntament de Barcelona proposaria la celebració del Fòrum Universal de les Cultures del 2004, l'any passat va convidar el secretari general de la UNESCO a presidir aquest acte, de la mateixa manera que enguany ho fa el secretari general de l'OTAN.

M'agradaria, doncs, aprofitar la presència entre nosaltres de Javier Solana, a qui fa una estona –a l'Ajuntament– he tingut ocasió de presentar el projecte del 2004, per demanar a la Universitat Pompeu Fabra –com ho faré després a totes les universitats de Barcelona– que s'adhereixi activament a aquest projecte de la nostra ciutat. Voldríem que l'any 2004 Barcelona fos la plataforma d'expressió d'un diàleg entre les cultures; que aquesta plataforma permetés l'extensió d'aquest diàleg –més enllà dels experts, més enllà dels diplomàtics, més enllà dels que habitualment tracten sobre la pau– cap a les ciutadanes i els ciutadans, i que també hi diguessin la seva els representants de la ciència i de la recerca. I aquesta és la sol·licitud que faig a les universitats de Barcelona i, molt concretament, a la Universitat Pompeu Fabra. Voldríem comptar amb l'aportació científica al Fòrum Universal de les

Cultures del 2004, a través d'un tema: llengua, llenguatges i comunicació. I la seva contribució al reforçament de les condicions de la pau. I ens agradaria abordar el diàleg des de tres punts de vista biològics clàssics que tots coneixeu: el de la percepció o emissió, l'epistemològic i antropològic i, finalment, el tecnològic. Aquesta és la proposta que farà Barcelona aquesta setmana que ve davant l'Assemblea General de la UNESCO, i aquesta que us acabo de formular és, també, la sol·licitud que avui adreço a les universitats de Barcelona.

Crec que les universitats de Barcelona, en el seu conjunt, podríem intentar aportar un gra de sorra per a la resolució del problema que fa un moment ens descrivia Javier Solana, el de saber quines són les nostres contribucions a les condicions de la pau, quines les noves idees, els nous conceptes, una vegada desapareguda la política de blocs, una vegada enderrocat el mur de Berlín, una vegada constatat que malgrat tot les guerres continuen i que algunes d'elles continuen ben a prop de nosaltres. En definitiva, quina és la contribució que la ciència pot fer a les condicions de la pau. Aquesta és la sol·licitud que faig a la Universitat Pompeu Fabra, aprofitant l'amable invitació que el rector ha fet a l'alcalde de Barcelona per assistir a aquest acte d'inauguració.

Moltes gràcies.

PARLAMENT DEL RECTOR
DE LA UNIVERSITAT POMPEU FABRA,
EXCM. I MGFC. SR. ENRIC ARGULLOL I
MURGADAS

La lliçó que ha impartit el professor Solana, que agraeixo molt cordialment, constitueix un bon senyal en el començament d'un curs acadèmic. La universitat és, com sabem, una institució per a l'ensenyament –això és, la transformació del saber, dels coneixements– i, de manera imprescindible, un centre de recerca, de creació de sabers, per fer avançar, encara que les aportacions puguin aïlladament semblar petites, els coneixements, la ciència. Tot això és cert. Però la universitat només complirà adequadament el paper que la societat li assigna si és també un lloc de reflexió sobre el món –tot, el proper i el llunyà–, on es valorin les diverses perspectives, on s'endevinin d'alguna manera els canvis amb què es construeix el futur. Naturalment, són molts els temes que caldria considerar i valorar en aquesta reflexió, però no hi ha dubte que els aspectes tractats per Javier Solana hi ocupen una posició central. Tant de bo les universitats puguem contribuir d'una manera molt més activa a aquesta reflexió. Fent-ho assolirem, a més, l'objectiu de formació de ciutadans que el país ens demana.

És normal que en un acte com aquest el rector faci un cert balanç sobre allò que s'ha fet i assenyali unes línies de futur. Em permetran, però, que, atesa la informació que ja tenen al seu abast, em centri només en algunes qüestions que, lògicament, consideren combinadament els sistemes universitaris català i espanyol.

L'any passat, en inaugurar-se en aquest mateix lloc el curs acadèmic de les universitats catalanes, em vaig fer portaveu de la necessitat de reformar l'ordenament universitari. Assenyalava, i ho repeteixo ara, que la Llei de 1983 va obrir una nova i millor etapa en la vida de les universitats i que va representar un bon canvi, en la mesura en què va situar en un lloc central l'autonomia de les universitats.

Però ara, quinze anys després, caldria fer-hi algunes reactualitzacions. I dic *reactualització*, i no *reforma*, a fi que amb aquest nom no ens introdueixin una contrareforma.

Algunes disposicions de desenvolupament de la Llei ja no responen de manera completa al seu esperit inicial. L'organització establerta per coordinar les universitats, amb importants competències d'ordre acadèmic, fa temps que fa aigües, encara que només darrerament la situació ha esdevingut escandalosament palesa. Són clares les disfuncions del sistema de govern de les universitats; una adequació de la política de professorat és urgent, però ja de fa anys, i la manca de sintonització entre els cicles educatius anteriors a la universitat i l'ordenació dels ensenyaments universitaris es pot agreujar. I podria continuar amb altres capítols: recerca, accés a la universitat, finançament, suport a l'estudi...

El curs 1996-97 ha estat respecte d'aquestes qüestions, en gran part, un any perdut. Hi va haver un intent de reforma de les normes de professorat que va aconseguir un considerable consens universitari i aparentment polític, encara que al final aquest intent va morir políticament. El document de la Conferència de Rectors de les Universitats Espanyoles és un senyal prou eloqüent en aquest sentit. Quan les decisions no es prenen en el moment oportú es pot no únicament no progressar, sinó també anar enrere. Els progressos assolits en ensenyament i en recerca universitaris que han estat importants podrien resultar-ne compromesos.

El Consell d'Universitats, les disfuncions del qual no són cosa d'avui, sinó que s'arrosseguen des de fa uns quants anys, es pot dir que està en crisi. Com en ocasions passa, hem entrat en una espiral estranya: com més grans són les disfuncions més important és l'intervencionisme que es vol practicar. Fins i tot els descriptors de les assignatures de lliure configuració o elecció d'un pla d'estudis d'una universitat poden convertir-se en els protagonistes de llargs minuts d'una reunió dels responsables (més de seixanta) de totes les universitats. Només aquest darrer exemple, per no parlar de la repetida contradicció entre la Comissió Acadèmica i la Comissió de Planificació del Consell d'Universitats, ja és suficient per concloure que el canvi és imprescindible.

Cal, a parer meu, que l'autonomia de les universitats torni a ocupar un lloc central per tal que la coordinació que es necessiti projectar a nivell estatal trobi la seu adequada tenint en compte el creixement –d'altra banda, no sempre responsable– del sistema, per tal que en un entorn més proper puguin trobar resposta els requeriments de gestió coordinada.

Ara bé, quina ha estat des de Catalunya l'actitud davant d'aquesta situació de crisi? Francament he de dir que ha dominat el silenci, l'*attentisme* i, en ocasions, un afany de bombers per apagar l'incendi i instal·lar-se en l'edifici que, ai, el foc ja ha destruït. D'altra banda, la tan anunciada llei universitària catalana continua sent això, un anunci.

Crec que no podem continuar sense fer res, contemplant com les coses empitjoren. Cal prendre decisions que, deixant obertes les portes a una coordinació més general, comencin a construir un nou panorama. En aquest sentit, em sembla urgent la creació del Consell d'Universitats de Catalunya, amb funcions informatives i decisòries, que, pivotant sobre l'autonomia de cada universitat, i amb l'administració educativa, que és la que té la responsabilitat de crear-lo, iniciï una nova etapa. Són moltes les qüestions que no necessiten una coordinació d'abast més general i que podria assumir aquest Consell, que ha de tenir un nord clar: respectar l'autonomia universitària, sobretot en el vessant acadèmic, i assegurar un eficient i potent servei universitari en la docència i en la recerca.

Si hi ha voluntat política, els fruits d'aquesta nova etapa es veuran aviat.

Permetin que parli ara de casa, de la UPF. Comencem un curs que finalment ha de donar lloc a la definitiva obertura als estudis de ciències, que s'iniciaran a partir del proper curs, d'acord amb les disposicions de l'administració educativa catalana, en el camp de les ciències de la salut i de la vida. Ha estat un projecte estudiat al llarg de molt de temps, amb la col·laboració de l'administració catalana, i que es planteja amb uns perfils propis i renovadors –no repetitius– tant pel que fa a Biologia com pel que fa a Medicina. Es tracta d'un projecte que vol, a més, implantar-se amb l'alt component de recerca que la iniciativa exigeix. Com a complement natural i en relació amb el teixit empresarial del sector –un dels sectors industrials autòctons més innovador i amb més projecció exterior– es preveu desenvolupar un pol o parc biomèdic. La UPF veu, crec, amb il·lusió i amb un compromís d'excel·lència l'inici de les activitats en aquest àmbit nou.

Vull remarcar els perfils propis i específics del projecte, que constitueixen una part significativa del repte. En definitiva, doncs, començarem amb aquests estudis una obertura cap a altres àmbits científics i professionals que han de trobar altres desenvolupaments en l'àmbit de les noves tecnologies.

Durant el darrer any s'ha confirmat l'esforç de la UPF en la docència i en la recerca. No vull caure en la falsa modèstia d'amagar judicis favorables, ja que precisament aquests constitueixen un instrument per comprometre la continuïtat de l'esforç. Com és conegut, no sé si molt àmpliament, en un estudi d'una consultoria de Madrid se'ns situava en una posició capdavantera en el panorama universitari espanyol, a partir d'una estimació dels nostres diferents estudis. Vull remarcar que els estudis que oferim se situen en un context d'àmplia competència, ja que els ofereixen nombroses universitats públiques a Barcelona, a Catalunya i a Espanya. Per cert –i permetin-me que obri aquí un parèntesi– és incomprendible que a Barcelona l'administració educativa empari i protegeixi com a oferta pública un monopoli d'estudis, que tenen, d'altra banda, una gran demanda. És una situació insòlita, que no permet contrastar resultats, ja que en el nostre context no hi ha una altra oferta pública. Tanco el parèntesi.

Doncs bé, com deia, la nostra docència i la nostra recerca han rebut un reconeixement. Bons rendiments acadèmics. Bona acollida dels nostres professionals en el mercat de treball. Uns resultats que són fruit de l'esforç de molts, de tots, i del suport de l'administració educativa catalana.

Però aquests resultats són a la vegada un compromís. Els que treballem en una universitat pública no ens podem sentir mai prou satisfets. Hem de mantenir, i hem de millorar, els resultats, no només amb la constància i amb l'esforç sinó, a més, i de manera molt especial, amb l'atenció posada en els senyals de canvi que l'entorn proper i llunyà ens envia. Res no seria pitjor que una actitud satisfeta, tancada, refractària a l'evolució creixentment accelerada de necessitats i coneixements. Hem d'estar, per tant, disposats a adequar contínuament els nostres instruments de treball, les nostres estructures, les nostres actituds.

L'objectiu, però, és el de sempre: formar bons professionals i bons ciutadans, impulsar el progrés del coneixement, contribuir a l'avenç de la col·lectivitat, del país.

És una responsabilitat exigent. Els recursos que la societat posa a les nostres mans han de tenir la millor, la més eficient aplicació. I em plau fer-me portaveu de tots els que treballem en aquesta universitat, en aquest compromís que estic segur que complirem. I fer-ho precisament davant de qui presideix la institució representativa dels ciutadans de Catalunya, el Parlament.

PARAULES DEL PRESIDENT
DEL PARLAMENT DE CATALUNYA,
M. HBLE. SR. JOAN REVENTÓS I CARNER

Les meves paraules de cloenda d'aquest acte volen ser d'encoratjament a tots els que formen part d'aquesta comunitat universitària per tal que conservin, amb intensitat, els valors que al meu entendre configuren la raó de ser de la universitat: l'amor al saber, la recerca de l'excel·lència i la vocació de servei a la col·lectivitat.

Arribar a assolir de veritat aquests aspectes demana de tots vostès un caràcter moral propi que ha de fer possible el lliure pensament, el pluralisme, la tolerància i l'universalisme.

Amb el convenciment que aquest és l'esperit que els inspira, queda inaugurat el curs acadèmic 1997-98 de la Universitat Pompeu Fabra.

